

El Conservatismo SU PROCESO CRITICO

DEAN TERRILL

El Conservatismo es un cuerpo comprensivo de ideas y principios sobre los que se ordena la vida en sociedad. Porque es comprensivo tiene un aspecto político, y porque tiene un aspecto político, el conservatismo se encuentra en dificultades. Uno no necesita vivir muchos años para darse cuenta que nunca se ha dicho mayor verdad que cuando se dice que la política es una de las tres áreas —las otras dos son el amor y la guerra— en las que toda cobardía tiene su asiento

Los opositores ideólogos del conservatismo siempre le han temido, y nunca tanto como ahora que está siendo revivido de una postración de rigor mortis, y no pierden ocasión de hacerlo repulsivo.

Los llamados liberales —aunque hay otras palabras más adecuadas para describirlos —son, sin duda alguna, culpables de la más desleal competencia y, particularmente, son culpables de falsa y engañosa propaganda. Y lo peor es que no se paran en pelillos para pintar su propio lino en lindos colores falsos, pintando fraudulentamente al conservatismo con los más feos. Deliberadamente han alejado a las multitudes del conservatismo identificándolo falsamente con la nostalgia por el pasado, con un ciego quietismo y con una automática y amarga reacción.

No es del caso debatir si algunas veces en nuestra historia, aquellos que se consideran representativos del conservatismo puedan ser acusados de parcialidad hacia aquellas actitudes. Los hombres y mujeres que son ahora los representativos del resurgente movimiento conservador no pueden, ciertamente, cargar con ese sambenito. Pero el hecho de que los liberales puedan hacer que tales cargos prevalezcan, puede persuadir a muchos de nuestros vecinos que nosotros, los conservadores, somos gentes sin sentimientos, reaccionarios sin intelecto, lo que demanda nuestra propia revisión de esos campos del conservatismo que proveen a los liberales el grano de arena sobre el cual han erigido la terrible fachada de papel que ellos llaman conservatismo.

Los conservadores utilizan la sabiduría destilada del pasado como parte de los datos que determinan las prácticas y la política sociales del presente y del futuro; y sostenemos que es desastroso el no hacerlo. Ha sido por siempre una cuestión debatible hasta donde el hombre puede, en cualquier período de tiempo, determinar la verdad y predecir el futuro con exactitud. Los métodos para hacerlo, al probar la política y los procedimientos sociales, tanto en su validez como en su efectividad, son

objeto de mucha disensión como los objetivos sociales mismos. Los conservadores creemos que estas pruebas deben incluir una apreciación crítica de la experiencia y sabiduría acumulada del hombre en vez de atenerse solamente a los raciocinios de una generación, basada solamente o en gran parte sobre corrientes pruebas corroborativas desarrolladas en fenómenos cuantitativos conmensurables.

El hecho es que liberales radicales y totalitarios con frecuencia rehuyen las lecciones de la historia en favor de grandiosos esquemas novedosos de significado reformista y beneficencia utópica —esquemas concebidos y basados sobre hipótesis llamadas científicas y sociológicas, y lógicamente planeadas para la coercitiva y continuada dirección del bienestar de la humanidad dirigida por una élite utilitarista. Pero mientras más grande y más abrupto es el abismo que separa los valores existenciales y los juicios del hombre y aquellos que están implícitamente incluidos en esos esquemas planificados, lo menos apetecibles son para los amantes de la libertad. La combinación de estos hechos hace, en ocasiones, que los liberales hagan una pausa que no siempre es saludable. Y lo más significativo, quizá, es que su mayor ponzoña está dirigida a aquellos conservadores que insisten en pesar tales planes en una balanza que ha de acomodar en un platillo la totalidad de la experiencia y sabiduría de la humanidad y ver si cada elemento puede comprobarse por las fórmulas científicas aceptadas y demostradas por la tecnología moderna.

Los conservadores no siempre aceptan las panaceas de los liberales radicales en todo el valor que les dan sus creadores. Nosotros creemos que hay conocimiento, sabiduría y verdad que no son —todavía no, al menos— demostrables únicamente por medidas cuantitativas o en globadas en fríos planes lógicos que se derivan de ellas, sin tomar en cuenta los caprichos de la naturaleza humana. Porque ante todo creemos que la naturaleza humana es una realidad precisa que tiene tanto sus aspectos malos como buenos, pero que aún no es completamente conocida ni absolutamente controlable. Sostenemos que la naturaleza humana, —si es que algún día llegará— no ha llegado aún al estado de desarrollo de sus capacidades que amerite el desprecio de los principios, tradiciones y lecciones del pasado de la humanidad. De ahí que, aunque no rehuyamos la novedad o el planeamiento del bienestar de los hombres, insistamos en examinar las propuestas concernientes a las actitudes sociales y políticas y procedimientos gubernamentales con un ojo, por lo menos, mientras con el otro comparamos las esencias de ta-

les propuestas con aquellas que los hombres han experimentado en el pasado.

No decimos que esta es la prueba concluyente, pero sostenemos que a menudo— y de nuevo lo afirmamos— ha arrojado mucha luz en la potencial o necesaria sabiduría o en la locura implícita en tales propuestas y en sus posibilidades o imposibilidades. Decimos que una tal evaluación es necesaria antes de entusiasmarse acerca de cuán conveniente serían si fueran factibles. A veces deseamos, con los proponentes de estos planes, que los resultados que predicen se obtengan; pero sostenemos que es en beneficio de la sabiduría, del honor y de la seguridad de la humanidad que si hay evidencia convincente de que el plan no solamente no acarreará los beneficios deseados sino que más bien nos llevarán a mayores dificultades y peligros que los que se buscan remediar, la propuesta acción social no debería perseguirse. Y esto cuando tal evidencia convincente puede frecuentemente aducirse, en parte al menos, de la corriente experiencia existencial y las más profundamente enraizadas tradiciones de la humanidad, aún cuando la pertinencia y la validez de cada detalle de tal experiencia y tales tradiciones puedan no ser susceptibles de demostración por las más severas pruebas de racionalidad y medición cuantitativa en las que el crítico con mentalidad mecánica puede insistir. O, a pesar de todo esto, en el calor de tal controversia, las agitadas apelaciones emocionales de los soñadores, los sentimentales, los atolondrados, los reformadores de oficio, los filántropos dictatoriales.

Por razón de esta actitud se nos tilda de ciegos, testarudos, reaccionarios sin corazón y debemos tener mucho cuidado para no merecer esos calificativos. Si sólo nos oponemos emocionalmente a una propuesta no es difícil encontrar en la historia un paralelo similar que fue desastroso sobre el cual basamos nuestra oposición que entonces adquiere un sentido razonable. Los conservadores, siendo seres humanos, han sido culpables de tales errores. La falla del conservatismo para detener lo peor de la marea del liberalismo radical revolucionario y del totalitarismo es debido a que el conservatismo perdió sus facultades críticas y descuidó sus propias disciplinas. Muchos conservadores se volvieron ciegos estáticos y cuando el cambio violento fue impuesto sobre la sociedad, muchos conservadores se volvieron reaccionarios.

La principal función del conservatismo en una edad como la nuestra, en la que han habido tan vastas y violentas rupturas con el pasado, es una de crítica escrupulosa y discriminadora. Las formas del pasado han sido, para bien o para mal, destruidas sin remedio en todos sus detalles. El conservador cree que todavía existe mucha belleza y valor social en esas formas, muchas de las cuales deben ser guardadas si la humanidad ha de tener la oportunidad de realizar sus aspiraciones y no llegar a ser un simple animal buscando la satisfacción de sus deseos. La facultad de crítica necesaria para discernir, qué elementos deben conservarse, no puede desarrollarse sin la aplicación, por el conservatismo, de mucho intelectuallismo del más alto grado. Así, nuestro conservatismo crítico debe atraer —así debe ser para su mejor éxito— a las mejores mentalidades adultas de nuestra época. Y, para su crecimiento debe de nuevo encender el entusiasmo

por la excelencia en todo orden en nuestra nueva generación. El fuego necesario ha sido apagado por la nebulosa mediocridad que está implícita en las ideologías a las que el conservatismo está opuesto, esas ideologías orientadas mecánicamente y esas sociologías igualitaristas que han impuesto sus mediocridades deprimentes donde nuestras normas inspiradoras deberían estar.

El fundamento del credo conservador en el valor de la suma de la experiencia y sabiduría del hombre, está en esto: los conservadores están convencidos que el tiempo, la economía y la naturaleza humana no son aún tan elásticos y remunerativos a nuestras manipulaciones como los liberales radicales y totalitaristas, erradamente y quizás sinceramente, creen. O es que así sinceramente creen o su fantástico desprecio por las limitaciones obvias de las materias primas para acción y beneficencia social —un desprecio implícito en sus planificaciones— debe tomarse como una simple engañifa cínica por el poder personal, o por alucinaciones de una mente débil y enfermiza. Una cosa es ver el porvenir por mil años y predecir lo que la humanidad pueda alcanzar con la ayuda del conocimiento adicional y habilidades que entonces posea —al menos que se destruya a sí mismo física o espiritualmente, o de ambos modos, en el proceso de adquisición—, y otra cosa es determinar hoy la mejor manera de utilizar los conocimientos limitados y habilidades que el hombre posee y la mejor manera de preservar y fomentar los propósitos de la humanidad, como de hombres y no simplemente como de animales. Hay períodos en el crecimiento del hombre, tanto individual como colectivamente, en que su bienestar requiere la apreciación crítica de aquello que ha adquirido en vez de la continuada adquisición avarienta e indiscriminada.

Los conservadores creemos que nuestra era es una de intenso escrutinio crítico de cada proposición que respecta a las actitudes y acciones sociales. Nosotros no nos proponemos forzar las aspiraciones de la humanidad hacia atrás y hacia abajo; nuestro propósito es precisamente lo contrario. Hacia ese fin no proponemos que la humanidad deba ser empujada a circunstancias tan difíciles de encarar con el actual estado de sus conocimientos, sus habilidades y recursos como para presentar una verdadera amenaza a la existencia de la misma humanidad; circunstancias que imponen violencias y tensiones más allá de la limitada capacidad que como hombre es capaz de soportar; a aquellas que tienden a destruir las más grandes hazañas de la humanidad para satisfacer los clamores de las masas que aquellas de un orden inferior, inmediatamente y a cualquier costo. Es una combinación de lo mejor y de lo peor en el hombre, su buena voluntad y su vanidad, que embauca a muchos de cada generación a pensar que ellos pueden rápidamente resolver los problemas y desigualdades que por siempre han existido y que todavía dificultan la inmediata y completa solución. Es la ardua pero necesaria tarea del conservatismo investigar, las lecciones de la historia y algunas veces hasta machacar sobre ellas, aún aquellas sórdidas y horribles, con el objeto de prevenir el desastre proveniente de dar crédito a tales planes. El conservatismo no acusa a todos los liberales radicales como bribones. Mas es un solaz muy pobre al herido mortalmente el saber que ha sido ultimado por un santo.

En estas pocas páginas en que se llama la atención al aspecto crítico de la doctrina del conservatismo no es posible hacer más que afirmar la fe del conservatismo en la totalidad de la experiencia humana como elemento necesario para llegar a juicios que respecta la probable eficacia de la acción social propuesta. No es posible presentar un alegato completo que algunos demandarían para poder ser convencidos o persuadidos. Ni es tampoco posible hacer más que identificar uno de los más importantes elementos implícitos en este proceso crítico —uno que no es necesariamente parte de las ideologías opuestas al conservatismo, sino que más bien es expresamente rechazada por algunas de ellas. Nos referimos a la amalgama de los principios religiosos y las normas de moral y de ética.

El proceso de crítica del conservatismo, basado en parte sobre todos los aspectos de la historia y la totalidad de la conciencia del hombre de sí propio y del mundo a su alrededor, necesariamente trae a colación los principios éticos, morales y religiosos de los que está imbuída la mayor parte de la humanidad, no importa cuán bulliciosamente griten los seguidores de algunas ideologías, negándoles la validez de sus fundamentos. Nos parece que *uno apenas puede considerarse conservador al menos que crea que el hombre nació, si no con aspiraciones, por lo menos con la disposición a aspirar, y que la desintegración de su humanidad tiene que ocurrir y que puede perder su identidad como ser humano si esas aspiraciones, o tendencias, están cubiertas y ahogadas por actitudes sociales y acciones que fomentan solamente sus bajas pasiones.* El conservador, por lo tanto, sostiene que las peores condiciones posibles no se compensan por los más altos niveles de vida posibles que pueden alcanzarse en una sociedad dominada por técnicos y totalmente dedicada a hazañas materiales científicas de una mecánica mágica.

Antes por el contrario, el conservatismo, consciente del poder de las debilidades humanas, debe tener siempre en mente que más bien es la excepción y no la regla, que un hombre hambriento sea un excelente y eficaz colaborador. No podemos, ni debemos, hacer caso omiso de la parte importante que el nivel de vida del hombre desempeña necesariamente en sus acciones y reacciones sociales. Debemos hacer obvio que nosotros damos su justo valor a la necesidad del hombre de satisfacer sus necesidades físicas, al mismo tiempo que afirmamos que sus necesidades físicas no pueden ahogar sus necesidades espirituales.

Hay muchos hombres que serían hombres de éxito si no fueran concupiscentes. El descrédito de los conservadores no fuera de tanto detrimento si no tuviera cierta base de verdad. Aquellos que están dedicados a reconstruir el conservatismo en una ideología efectiva, creen, por supuesto, que aquel provee la necesaria dirección y el procedimiento para la mejor acción social y la mejor protección a los individuos de una sociedad (y el individualismo, la libertad y los goces inherentes a los derechos individuales que se derivan de la autonomía individual, es uno de los más importantes aspectos del conservatismo);

mas nos damos cuenta que el conservatismo nunca ha tenido tarea más vital y más difícil que la que tiene enfrente ahora. Creemos que el *sambenito* de ciego y reaccionario no es justamente aplicable al crítico conservador de hoy; mas gran parte de nuestro trabajo ahora, a estas alturas, es el de vencer a otros que los epítetos aplicados a los conservadores son falsos y engañosos. Esta es la primera batalla que debe ganarse para alcanzar la victoria.

Para esta batalla debemos desarrollar dentro de nuestras propias alianzas una más aguda y coherente percepción de los principios históricos y de las tradiciones de la humanidad que son esenciales para su bienestar actual y futuro, y debemos formular un criterio firme con respecto a esos conocimientos que sea válido a pesar de la falta de prueba basada en medidas cuantitativas. Luego, debemos persuadir a los tibios que las pruebas de la debida acción social tienen mayor pertinencia para un mejor futuro de la humanidad. Pero todos nuestros esfuerzos serán en vano al menos que persuadamos a los hombres que la razón primordial de la existencia del conservatismo es el mejoramiento de las condiciones humanas y que el interés del conservador por el pasado, su deseo de conservar ciertos elementos del pasado, está relacionado únicamente a aquella razón primordial. En fin, nosotros los conservadores sabemos que nuestro primordial interés es el bienestar de toda la humanidad; mas gran número de nuestros seguidores son escépticos y debemos remover ese excepticismo para que el conservatismo pueda tener éxito.

Así, una gran parte de la tarea del conservatismo hoy es ganar la confianza de los hombres, en general, —confianza que se ha perdido debido, en gran parte, porque el conservatismo, por mucho tiempo, ha dejado de ser lo suficientemente crítico, y en parte también, porque *nuestras ideologías opuestas han capitalizado sobre nuestros más pequeños errores y bulliciosamente proclaman ser los absolutos dueños de todas las virtudes sociales.*

Ellos nos presentan como deshumanizadas reliquias del pasado que es mejor olvidar si el hombre ha de alcanzar un futuro mejor. Mas, sin los preceptos del conservatismo —preceptos que ligan, no sólo en forma mecánica todo el pasado de la humanidad con su futuro— la humanidad no puede ser de hombres y mujeres en el sentido humanista en que nosotros los tomamos. No debemos permitir que el conservatismo y la preservación de la humanidad sean hundidos por la falta de construcción de esos principios, o por su abandono.

Debemos mantener el conservatismo vivo y creciente, y para hacer esto, debemos mantenerlo, persuasivo y con un crítico discernimiento.

(NOTA: Dean Terrill es Vice-Presidente y Consejero General de la Kerr Mc Gee Oil Corp y uno de los Directores del Instituto de Estudios Filosóficos e Históricos, de Estados Unidos).